



LECTIO DIVINA

III semana del tiempo ordinario
Del 26 de enero al 01 de febrero de 2025



Para anunciar el Año de Gracia

Oración introductoria

Señor Jesús, hoy quiero estar contigo, hoy deseo conocerte un poco más, quiero amarte más. Te pido, me des las gracias que Tú sabes tanto necesito. Ayúdame en mis luchas diarias y no permitas que hoy me aleje de ti.

Petición

Señor, ayúdame a tomar cada día como una oportunidad para crecer en el amor.

Lectura del libro de Nehemías (Neh. 8, 2-4a. 5-6. 8-10)

En aquellos días, el día primero del mes séptimo, el sacerdote Esdras trajo el libro de la ley ante la comunidad: hombres, mujeres y cuantos tenían uso de razón. Leyó el libro en la plaza que está delante de la Puerta del Agua, desde la mañana hasta el mediodía, ante los hombres, las mujeres y los que tenían uso de razón. Todo el pueblo escuchaba con atención la lectura del libro de la ley. El escriba Esdras se puso en pie sobre una tribuna de madera levantada para la ocasión. Esdras abrió el libro en presencia de todo el pueblo, de modo que toda la multitud podía verlo; al abrirlo, el pueblo entero se puso de pie. Esdras bendijo al Señor, el Dios grande, y todo el pueblo respondió con las manos levantadas. «Amén, amén». Luego se inclinaron y adoraron al Señor, rostro en tierra. Los levitas leyeron el libro de la ley de Dios con claridad y explicando su sentido, de modo que entendieran la lectura. Entonces el gobernador Nehemías, el sacerdote y escriba Esdras, y los levitas que instruían al pueblo dijeron a toda la asamblea: «Este día está consagrado al Señor, vuestro Dios.

No estéis tristes ni lloréis» (y es que todo el pueblo lloraba al escuchar las palabras de la ley) Nehemías les dijo: «Id, comed buenos manjares y bebed buen vino, e invitad a los que no tienen nada preparado, pues este día está consagrado al Señor. ¡No os pongáis tristes; el gozo del Señor es vuestra fuerza».

Salmo (Sal 18, 8. 9. 10. 15)

Tus palabras, Señor, son espíritu y vida.

La ley del Señor es perfecta y es descanso del alma; el precepto del Señor es fiel e instruye al ignorante. R.

Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón; la norma del Señor es límpida y da luz a los ojos. R.

El temor del Señor es puro y eternamente estable; los mandamientos del Señor son verdaderos y enteramente justos. R.

Que te agraden las palabras de mi boca, y llegue a tu presencia el meditar de mi corazón, Señor, Roca mía, Redentor mío. R.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (Cor. 12, 12-30)

Hermanos: Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Pues el cuerpo no lo forma un solo miembro, sino muchos. Si dijera el pie: «Puesto que no soy mano, no formo parte del cuerpo», ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Si el oído dijera: «Puesto que no soy ojo, no formo parte del cuerpo», ¿dejaría por eso de ser parte del

cuerpo? Si el cuerpo entero fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? si fuera todo oído, ¿dónde estaría el olfato? Pues bien, Dios distribuyó cada uno de los miembros en el cuerpo como quiso. Si todos fueran un mismo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Sin embargo, aunque es cierto que los miembros son muchos, el cuerpo es uno solo. El ojo no puede decir a la mano: «No te necesito»; y la cabeza no puede decir a los pies: «No os necesito.» Sino todo lo contrario, los miembros que parecen más débiles son necesarios. Y los miembros del cuerpo que nos parecen despreciables los rodeamos de mayor respeto; y los menos decorosos los tratamos con más decoro; mientras que los más decorosos no lo necesitan. Pues bien, Dios organizó el cuerpo dando mayor honor a lo que carece de él, para que así no haya división en el cuerpo. Así, no hay divisiones en el cuerpo, porque todos los miembros por igual se preocupan unos de otros. Y si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro es honrado, todos se alegran con él. Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro. Pues en la iglesia Dios puso en primer lugar a los apóstoles; en segundo lugar, a los profetas, en el tercero los maestros, después, los milagros; después el carisma de curaciones, la beneficencia, el gobierno, la diversidad de lenguas. ¿Acaso son todos apóstoles? ¿O todos son profetas? ¿O todos maestros? ¿O hacen todos milagros? ¿Tienen todos don para curar? ¿Hablan todos en lenguas o todos las interpretan?

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc.1,1-4; 4,14-21)

Ilustre Teófilo: Puesto que muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han cumplido entre nosotros, como nos los transmitieron los que fueron desde el principio testigos oculares y servidores de la palabra, también yo después he resuelto escribírtelos por su orden, después de investigarlo todo diligentemente desde el principio, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido. En aquel tiempo, Jesús volvió a Galilea

con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo alababan. Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; para proclamar el año de gracia del Señor». Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que le ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír».

Releemos el evangelio

San Jerónimo (347-420)

sacerdote, traductor de la Biblia, doctor de la Iglesia

Carta 53, a Paulino, obispo de Nola (in Lectures chrétiennes pour notre temps, Abbaye d'Orval, 1972), trad. sc@evangelizo.org

La Sagrada Escritura nos lleva a habitar ya en el Cielo

Dime, querido hermano: vivir en medio de los Libros sagrados, meditarlos sin cesar, nada buscar ni querer conocer fuera de ellos ¿no es habitar ya el Reino de los Cielos?

El lenguaje de la Escritura Santa te puede sorprender por su simplicidad o su casi rudeza, ya sea a causa de errores de los traductores o por el diseño original del escrito. Ella se presenta de tal forma que el primer auditorio puede instruirse y, en una única frase, el sabio y el ignorante descubren sentidos inesperados.

No soy un petulante que presume conocer todo lo que encuentra. Sería querer recoger sobre la tierra los frutos de árboles

que tienen las raíces fijadas en el cielo. Pero confieso que lo deseo y trato de esforzarme para ello. Estudiemos aquí sobre la tierra, aquello cuyo conocimiento permanecerá adquirido para el cielo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«He aquí como Cristo se ha servido de su humanidad -porque era hombre también- para anunciar y realizar el diseño divino de redención y de salvación, porque era Dios, así debe ser también para la Iglesia. A través de su realidad visible, todo lo que se ve, los sacramentos, el testimonio de todos nosotros cristianos». *(S.S. Francisco, 29 de octubre de 2014).*

Meditación

Jesús “fue a Nazaret, donde se había criado”. Justo después de haber sido bautizado, y de haber sido llevado por el Espíritu al desierto por cuarenta días, ahora, movido por este mismo Espíritu, Jesús regresa a la cotidianidad del pueblo donde creció, y este es el lugar del primer anuncio. De la misma manera, Jesús entra en la cotidianidad de nuestro día a día; muchas veces estamos a la búsqueda de Jesús en situaciones extraordinarias, olvidándonos del hoy, del aquí y del ahora.

Pero es ahí donde podemos encontrar a Jesús continuamente, detrás de los acontecimientos cotidianos; lo importante es saber ver mi día a día con una mirada evangélica para ver la presencia de Jesús.

Oración final

“Yo he constituido mi rey sobre Sion mi monte santo”
Voy a promulgar un decreto del Señor. Él me ha dicho:
“Tú eres mi hijo, Yo te he engendrado hoy. Pídeme,

y haré de las gentes tu heredad Te daré en posesión
los confines de la tierra. Los registrarás con cetro de hierro,
y los romperás como vasija de alfarero (Sal 2, 6-9)

LUNES, 27 DE ENERO DE 2025

La fuente del poder

Oración introductoria

Ilumíname, Espíritu Santo, para escuchar lo que quieres de mí y envía tu unción para tomar consciencia sobre mi condición de hijo de Dios. Ayúdame a reconstruir el Reino de Cristo en mi corazón.

Petición

Jesús, ayúdame a conocer, vivir y transmitir tu amor.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 9, 15. 24-28)

Hermanos: Cristo es mediador de una alianza nueva: en ella ha habido una muerte que ha redimido de los pecados cometidos durante la primera alianza; y así los llamados pueden recibir la promesa de la herencia eterna. Cristo entró no en un santuario construido por hombres, imagen del auténtico, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros. Tampoco se ofrece a sí mismo muchas veces como el sumo sacerdote, que entraba en el santuario todos los años y ofrecía sangre ajena; si hubiese sido así, tendría que haber padecido muchas veces, desde la fundación del mundo. De hecho, él se ha manifestado una sola vez, al final de los tiempos para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo. Por cuanto el destino de los hombres es morir una sola vez; y después de la muerte, el juicio. De la misma manera, Cristo se ofreció una sola

vez para quitar los pecados de todos. La segunda vez aparecerá, sin ninguna relación al pecado, para salvar a los que lo esperan.

Salmo (Sal 97, 1bcde. 2-3ab. 3cd-4. 5-6)

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas.

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. R.

El Señor da a conocer su salvación, revela a las naciones su justicia. Se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. R.

Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios. Aclama al Señor, tierra entera; gritad, vitoread, tocad. R.

Tañed la cítara para el Señor, suenen los instrumentos: con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 3, 22-30)

En aquel tiempo, los escribas que habían bajado de Jerusalén decían: «Tiene dentro a Belzebú y expulsa a los demonios con el poder del jefe de los demonios». Él los invitó a acercarse y les puso estas parábolas: «¿Cómo va a echar Satanás a Satanás? Un reino dividido internamente no puede subsistir; una familia dividida no puede subsistir. Si Satanás se rebela contra sí mismo, para hacerse la guerra, no puede subsistir, está perdido. Nadie puede meterse en casa de un hombre forzado para arramblar con su ajuar, si primero no lo ata; entonces podrá arramblar con la casa. En verdad os digo, todo se les podrá perdonar a los hombres: los pecados y cualquier blasfemia que digan; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón

jamás, cargará con su pecado para siempre». Se refería a los que decían que tenía dentro un espíritu inmundo.

Releemos el evangelio

Orígenes (c. 185-253)

presbítero y teólogo

Homilías sobre el Exodo, nº 1, 5

«Expulsa a los demonios»

Reconoce: «en ti ha surgido un nuevo rey, un rey de Egipto». Es él quien te requisita para sus trabajos, te obliga a fabricar ladrillos y mortero. Es él quien te impone capataces y vigilantes, el que te empuja a través del látigo y de la vara a trabajos de tierra, te fuerza a construirle ciudades. Es él el quien te incita a recorrer el mundo, a remover tierras y mares para satisfacer tus codicias...

Este rey de Egipto sabe que la guerra es inminente. Presiente la venida de «aquel que puede despojar sus principados y potestades, triunfar sobre ellas con audacia y clavarlas en el madero de la cruz»...; siente ya próxima la hora de la destrucción de su pueblo. Por eso declara: «¡El pueblo de Israel es más fuerte que nosotros!» ¡Que pueda decir lo mismo refiriéndose a nosotros y nos sintamos más poderosos que él! ¿Cómo lo sentirá? Si no acojo los malos pensamientos y los deseos perversos que él me inspira; si rechazo «sus flechas incendiarias con la armadura de la fe»; si cada vez que hace alguna insinuación a mi alma, acordándome de Cristo mi Señor, le digo: «Vete, Satanás, porque está escrito: 'Al Señor, tu Dios, adorarás y a él sólo servirás'»...

Porque el Señor Jesús viene..., para someter a los «principados, dominaciones y potestades», para sustraer a los hijos de Israel a las violencias de sus enemigos..., para enseñarnos de nuevo a ver a Dios en espíritu, a abandonar los trabajos del Faraón, a salir de la tierra de

Egipto, a renunciar a las bárbaras costumbres de los egipcios, «a abandonar al hombre viejo corrompido por deseo de placer y a revestirnos del hombre nuevo creado según Dios», «a renovar nuestro interior día a día» según la imagen del que nos ha creado, Jesucristo nuestro Señor, a quien sean dadas la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén

Palabras del Santo Padre Francisco

«Estamos llamados a ser los colaboradores de Dios en una empresa tan fundamental y única como es testimoniar con nuestra vida la fuerza de la gracia que transforma y el poder del Espíritu que renueva. Dejemos que el Señor nos libere de toda tentación que aleja de lo que es esencial en nuestra misión, y redescubramos la belleza de profesar la fe en el Señor Jesús». *(Homilía de S.S. Francisco, 22 de febrero de 2016).*

Meditación

Hoy nos enfrentamos a uno de esos evangelios que pueden parecer un poco extraños a primera vista y a lo mejor hasta un poco «secos» para orar, pero no por eso debemos dejarlo pasar por alto. Jesús hoy nos quiere hacer una gran revelación, la fuente del poder de Dios.

Normalmente vemos que los objetos sagrados para la Eucaristía se manejan con mucho cuidado y reverencia porque están destinados exclusivamente a custodiar el Cuerpo y la Sangre de Cristo. También es posible observar en muchos lugares cuánto cuidan su templo porque es lugar de encuentro con el Señor. ¡Cuánto más sagrado no serás tú que eres creado a imagen del mismísimo Dios y eres templo del Espíritu Santo! (1 Cor 6:19)

Jesús nos dice que un reino dividido no puede vencer. Por un lado, somos la creación más sagrada de Dios, por otro, somos creaturas llenas de debilidad. ¿Cómo venceremos?

Evidentemente no lo podemos hacer por nosotros mismos, pero sí lo podemos hacer con el poder de Dios. Esa fuente es el Espíritu Santo que lava nuestras manchas, riega el corazón en sequía, es fuego que purifica y repele lejos los enemigos del alma, como dice un antiguo himno de la Iglesia *Veni Creator Spiritus*.

Hoy, si sientes que Dios te está llamando a reconstruir el reino de tu corazón y a tener una mayor amistad con Él, no le cierres la puerta de tu corazón al mayor poder que puedes tener en tu vida, la fuerza del Espíritu Santo que hace nuevas todas las cosas.

Oración final

Yahvé ha dado a conocer su salvación,
ha revelado su justicia a las naciones;
¡Aclama a Yahvé, tierra entera,
gritad alegres, gozosos, cantad! (Sal 98,2.4)

MARTES, 28 DE ENERO DE 2025

SANTO TOMÁS DE AQUINO, presbítero y doctor de la Iglesia (MO)

Ideal que nos hace hermanos

Oración introductoria

María, Madre mía, me pongo a pensar en que me miras todo el tiempo para protegerme con tu abrazo maternal; dejo a esta experiencia conmover mi corazón y me viene un destello de gratitud. ¡Qué bueno es Dios con nosotros, que nos regaló una Madre así! Si

temo, aunque tema lo que tema, te tengo a ti. Gracias, Dios mío. Gracias, Madre.

Petición

Padre mío, aumenta mi fe, mi esperanza y mi caridad.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 10, 1-10)

Hermanos: La Ley, que presenta sólo una sombra de los bienes futuros y no la realidad misma de las cosas, no puede nunca hacer perfectos a los que se acercan, pues lo hacen año tras año y ofrecen siempre los mismos sacrificios. Si no fuera así, ¿no habrían dejado de ofrecerse, porque los ministros del culto, purificados de una vez para siempre, no tendrían ya ningún pecado sobre su conciencia. Pero, en realidad, con estos sacrificios se recuerdan, año tras año los pecados. Porque es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados. Por eso, al entrar él en el mundo dice: «Tú no quisiste ni sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: He aquí que vengo - pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí - para hacer, ¡oh Dios! tu voluntad». Primero dice: «Tú no quisiste ni sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias», que se ofrecen según la ley. Después añade: «He aquí que vengo para hacer tu voluntad». Niega lo primero, para afirmar lo segundo. Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación de cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.

Salmo (Sal 39, 2 y 4ab. 7-8a. 10. 11)

Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Yo esperaba con ansia al Señor; él se inclinó y escuchó mi grito. Me puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios. R.

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y, en cambio, me abriste el oído; no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios, entonces yo digo: «Aquí estoy». R.

He proclamado tu justicia ante la gran asamblea; no he cerrado los labios, Señor, tú lo sabes. R.

No me he guardado en el pecho tu justicia, he contado tu fidelidad y tu salvación, no he negado tu misericordia y tu lealtad ante la gran asamblea. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 3, 31-35)

En aquel tiempo, llegaron la madre de Jesús y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron llamar. La gente que tenía sentada alrededor le dijo: «Mira, tu madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan». Él les pregunta: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?». Y mirando a los que estaban sentados alrededor, dice: «Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre».

Releemos el evangelio

Venerable Madeleine Delbr el (1904-1964)

laica, misionera en la ciudad.

La alegría de creer (La joie de croire, Seuil, 1968), trad. sc@evangelizo.org

Llamados a hacer su voluntad

Cuando los que amamos nos piden algo, le agradecemos de hab ernoslo pedido. Si le agradara, Señor, pedirnos una sola cosa en toda nuestra vida, estaríamos maravillados, y haber hecho una sola vez tu voluntad sería el gran acontecimiento de nuestro destino.

Pero, porque cada día, cada hora, cada minuto, pone en nuestras manos tal honor, lo encontramos tan natural, que estamos blindados, que estamos cansados de eso.

Si comprendiéramos a qué punto es impensable su misterio, estaríamos estupefactos de poder conocer estas chispas de su voluntad, que son nuestros minúsculos deberes. Estaríamos deslumbrados al conocer, en esta inmensa tiniebla que nos reviste, los innumbrables, precisas, personales luces de su voluntad.

Estamos todos predestinados al éxtasis, todos llamados a salir de nuestras pobres combinaciones, para surgir, hora tras hora, en su plan.

Jamás somos dejados rezagados, sino que somos bienaventurados llamados, llamados para saber lo que le agrada hacer, llamados para saber lo que espera cada instante de nosotros: de gente que le son algo necesarios, de gente de los que los gestos le harían falta si refut ramos de hacerlos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«María nos acompaña en este camino, indicando al Hijo que irradia la misericordia misma del Padre. Ella es en verdad la Odigitria, la Madre que muestra el camino que estamos llamados a recorrer para ser verdaderos discípulos de Jesús. En cada misterio del Rosario la sentimos cercana a nosotros y la contemplamos como la primera discípula de su Hijo, la que cumple la voluntad del Padre. La oración del Rosario no nos aleja de las preocupaciones de la vida; por el contrario, nos pide encarnarnos en la historia de todos los días para saber reconocer en medio de nosotros los signos de la presencia de Cristo. Cada vez que contemplamos un momento, un misterio de la vida de Cristo, estamos invitados a comprender de qué modo Dios entra en nuestra vida, para luego acogerlo y seguirlo. Descubrimos así el camino que nos lleva a seguir a Cristo en el servicio a los hermanos». *(Homilía de S.S. Francisco, 8 de octubre de 2016).*

Meditación

Hace un mes exactamente estábamos por celebrar la Navidad. Ahora parece que Jesús ha «madurado» demasiado rápido: tan metido en su «misión» que vive lejos de su familia. Ni siquiera María, su mamá, puede pasar un rato a solas con Él...

Cristo, en realidad, ha crecido en el amor a sus parientes. Más aún, está reconociendo la verdadera grandeza de María, aquello que une con más fuerza a los dos: el «Hágase en mí según tu palabra». ¿Cómo fue posible el nacimiento de Jesús? ¿Acaso no fue por la apertura de María a la voluntad de Dios? Por eso Cristo hoy quiere enseñar este doble nivel: existe un parentesco del cuerpo y de la sangre, pero hay algo más, una relación aún más profunda, que une los corazones. Esta conexión de espíritu sólo se da cuando dos almas tienen el mismo ideal: cumplir la voluntad de Dios.

Podemos pensar que cuando cumplimos la voluntad de Dios nos apartamos de los seres queridos. Por ejemplo, cuando un hijo o una hija se van de casa para adoptar la vida consagrada o sacerdotal. O bien, cuando hay compromisos de oración, de misa dominical, y debemos ausentarnos de actividades con los amigos. No hay nada más equivocado. Seguir la propia vocación, vivir compromisos de piedad nos fortalece como hijos de Dios, y sólo un hijo puede ser auténtico hermano.

Hay, además, una última lección en este Evangelio, la más importante de todas. Si buscamos realizar lo que Dios nos pide, estamos viviendo realmente como hermanos de Cristo que somos por el bautismo. El mundo dirá al vernos: «ese es hermano de Cristo, ¡se parece tanto a Él!». O, mejor todavía, ¡cuánta alegría le daremos a nuestra madre, María! ¡Ver que todos sus hijos nos parecemos a ella, al Hijo Mayor! Vivamos cada día con esta ilusión y este propósito: ser mejores hermanos de Cristo.

Oración final

Yo esperaba impaciente a Yahvé:
hacia mí se inclinó y escuchó mi clamor.
Puso en mi boca un cántico nuevo,
una alabanza a nuestro Dios. (Sal 40,2.4)

MIÉRCOLES, 29 DE ENERO DE 2025

Abrir el corazón para poder escuchar

Oración introductoria

¿Me cansa la vida?, ¿busco descanso y no lo encuentro? A ti vengo, Señor, para detenerme en ti. Quiero disponer de aquello más alto de que todo hombre puede disponer: tiempo contigo.

Petición

Jesucristo, concédeme corresponderte y ser fiel.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 10, 11 - 18)

Hermanos: Cualquier otro sacerdote ejerce su ministerio, diariamente, ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, porque de ningún modo pueden borrar los pecados. Pero Cristo ofreció por los pecados, para siempre jamás, un solo sacrificio; está sentado a la derecha de Dios y espera el tiempo que falta hasta que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies. Con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados. Esto nos lo atestigua también el Espíritu Santo. En efecto, después de decir: Así será la alianza que haré con ellos después de aquellos días dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones y las escribiré en su mente; añade: 'Y no me acordaré ya de sus pecados ni de sus crímenes. Donde hay perdón, no hay ofrenda por los pecados.

Salmo (Sal 109, 1bcde. 2. 3. 4)

Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec.

Oráculo del Señor a mi Señor: «Siéntate a mi derecha, y haré de tus enemigos estrado de tus pies». R.

Desde Sión extenderá el Señor el poder de tu cetro: somete en la batalla a tus enemigos. R.

«Eres príncipe desde el día de tu nacimiento, entre esplendores sagrados; yo mismo te engendré, desde el seno, antes de la aurora». R.

El Señor lo ha jurado y no se arrepiente: «Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec». R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 4, 1-20)

En aquel tiempo, Jesús se puso a enseñar otra vez junto al mar. Acudió un gentío tan enorme, que tuvo que subirse a una barca y, ya en el mar, se sentó; y el gentío se quedó en tierra junto al mar. Les enseñó muchas cosas con parábolas y les decía instruyéndolos: «Escuchad: Salió el sembrador a sembrar; al sembrar, algo cayó al borde del camino, vinieron los pájaros y se lo comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra; como la tierra no era profunda, brotó enseguida; pero, en cuanto salió el sol, se abrasó y, por falta de raíz, se secó. Otra parte cayó entre abrojos; los abrojos crecieron, la ahogaron, y no dio grano. El resto cayó en tierra buena: nació, creció y dio grano; y la cosecha fue del treinta o del sesenta o del ciento por uno». Y añadió: «El que tenga oídos para oír, que oiga». Cuando se quedó a solas, los que lo rodeaban y los Doce le preguntaban el sentido de las parábolas. Él les dijo: «A vosotros se os ha dado el misterio del reino de Dios; en cambio, a los de fuera todo se les presenta en parábolas, para que “por más que miren, no vean, por más que oigan, no entiendan, no sea que se conviertan y sean perdonados”». Y añadió: “¿No entendéis esta parábola? ¿Pues cómo vais a conocer todas las demás? El sembrador siembra la palabra. Hay unos que están al borde del camino donde se siembra la palabra; pero, en cuanto la escuchan, viene Satanás y se lleva la palabra sembrada en ellos. Hay otros que reciben la semilla como terreno pedregoso; son los que al escuchar la palabra la acogen con alegría, pero no tienen raíces, son inconstantes y, cuando viene una dificultad o persecución por la palabra, en seguida sucumben. Hay otros que reciben la semilla entre abrojos; estos son los que escuchan la palabra, pero los afanes de la vida, la seducción de las riquezas y el deseo de todo lo demás

los invaden, ahogan la palabra, y se queda estéril. Los otros son los que reciben la semilla en tierra buena; escuchan la palabra, la aceptan y dan una cosecha del treinta o del sesenta o del ciento por uno».

Releemos el evangelio

San Gregorio Magno (c. 540-604)

papa y doctor de la Iglesia

Morales sobre el libro de Job, XI (SC 212. Morales sur Job, Cerf, 1974), trad. sc@evangelizo.org

¡Les es dado conocer los misterios!

“Sí, todo esto lo vi con mis propios ojos, lo escuché con mis oídos y lo entendí” (Jb 13,1). Los acontecimientos que seguirían, Job los veía como presentes y no sólo como avenir. Tampoco los acontecimientos del pasado, los veía como algo ya alejado. Era como si tuviera todos los acontecimientos simultáneamente presentes delante de los ojos. Como Job veía lo que iba a venir, en actos o en palabras, pudo decir “lo vi con mis propios ojos, lo escuché con mis oídos”. Pero las palabras no hacen un bien si no se comprenden, por eso agregó “y lo entendí”.

Cuando un acontecimiento nos es conocido por la vista o por el oído, si no está acorde con la inteligencia, no hay profecía. El faraón vio en sueños lo que iba a acontecer a Egipto (cf. Gn 41), pero como no tuvo la inteligencia de lo que había visto, no fue profeta. El rey Baltazar vio los dedos de una mano que escribía en el muro (cf. Dn 5), pero no fue profeta porque no había recibido la inteligencia de lo que había visto. El bienaventurado Job afirma haber visto todo, oído todo y comprendido, porque el portaba el espíritu de profecía para testimoniar. Por eso, de esta inteligencia, no porta orgullo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Tenemos que acostumbrarnos a esto: oír la palabra de Jesús, escuchar la palabra de Jesús en el Evangelio. Leer un pasaje, pensar un poco en qué dice, en qué me dice a mí. Si no oigo que me habla, paso a otro. Pero tener este contacto diario con el Evangelio, rezar con el Evangelio; porque así Jesús me predica, me dice con el Evangelio lo que quiere decirme. Conozco a gente que siempre lo lleva, y cuando tiene un poco de tiempo, lo abre, y así encuentra siempre la palabra justa para el momento que está viviendo. Esta es la primera cosa que quiero decirles: dejad que el Señor os predique. Escuchar al Señor». *(Homilía de S.S. Francisco, 8 de febrero de 2015).*

Meditación

¿Alguna vez has escuchado, con atención, hablar a una persona?, ¿alguna vez has asistido a una plática, conferencia, charla? No vayamos lejos, ¿alguna vez has escuchado una homilía o un sermón? Cuando percibes las palabras y las ideas que se presentan, ¿cómo las recibes?, ¿cómo las escuchas?

Existen dos modos de escuchar. Solo uno de ellos es verdadero. Solo uno de ellos es propio del hombre. Antes de referirnos a ellos encontramos primero lo que es tan solo “oír”. Consiste en nada menos que en recibir sonidos. Después encontramos el primer modo de escucha. Éste sabe decodificar informaciones. Recibe las ideas y las organiza. Comprende el mensaje mismo. Al final encontramos, sin embargo, el único modo real: es aquél que recibe todo lo que escucha no solo como simples sonidos, pero tampoco ni siquiera como meras informaciones, sino sobre todo como aquello que podría llamarse la palabra de un corazón.

Aquél que sabe reconocer las palabras del corazón de quien escucha, ése sabe verdaderamente escuchar. Aquél que sabe reconocer las palabras del corazón, puede identificar al que tan solo emite solo ideas, pero también al que transmite todo su ser por la palabra.

Quizás si el gentío hubiese buscado mirar más allá de las ideas, quizá si los apóstoles hubiesen mirado más allá de las doctrinas, quizá si yo mismo buscara mirar más allá de las palabras para tocar el corazón, entonces quizás la parábola cesaría de ser parábola para pasar a ser vida.

Oración final

Consulté a Yahvé y me respondió:
me libró de todos mis temores.
Los que lo miran quedarán radiantes,
no habrá sonrojo en sus semblantes. (Sal 34,5-6)

JUEVES, 30 DE ENERO DE 2025

Estás hecho para brillar

Oración introductoria

Señor, ayúdame a entrar en tu presencia. Tú estás siempre aquí, pero te pido ayudarme a tomar conciencia de ello. Si no soy consciente de tu presencia, mi oración no tiene sentido. Quiero ponerme delante de ti. No importa si no siento nada, no importa si no escucho nada, no importa si no pienso en nada. Ayúdame a creer en ti, a esperar en ti y a amarte a ti, eso me basta.

Petición

Señor, concédeme la gracia de vivir siempre con fe y caridad.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 10, 19-25)

Hermanos, teniendo libertad para entrar en el santuario, en virtud de la sangre de Jesús, contando con el camino nuevo y vivo que él ha inaugurado para nosotros a través de la cortina, o sea, de su carne, y teniendo un gran sacerdote al frente de la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero y llenos de fe, con el corazón purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en agua pura. Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos, porque es fiel quien hizo la promesa. Fijémonos los unos en los otros para estimularnos a la caridad y a las buenas obras; no faltemos a las asambleas, como suelen hacer algunos, sino animémonos tanto más cuanto más cercano veis el Día.

Salmo (Sal 23, 1b-2. 3-4ab. 5-6)

Esta es la generación que busca tu rostro, Señor.

Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes: él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos. R.

¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos. R.

Ese recibirá la bendición del Señor, le hará justicia el Dios de salvación. Esta es la generación que busca al Señor, que busca tu rostro, Dios de Jacob. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 4, 21-25)

En aquel tiempo, Jesús dijo al gentío: «¿Se trae el candil para meterlo debajo del celemín o debajo de la cama?, ¿no es para ponerlo en el candelero? No hay nada escondido, sino para que sea descubierto; no hay nada oculto, sino para que salga a la luz. El que tenga oídos para oír, que oiga». Les dijo también: «Atención a lo que estáis oyendo: la medida que uséis la usarán con vosotros, y con creces. Porque al que tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene».

Releemos el evangelio

San Máximo el Confesor (c. 580-662)

monje y teólogo

Pregunta 63 a malasio; PG 90, 667-670

El candil en el candelero

El candil puesto en el candelero, del que habla la Escritura, es nuestro Señor Jesucristo, luz verdadera del Padre que alumbra a todo hombre que viene al mundo (Jn 1,9). El candelero es la santa Iglesia. Es sobre su predicación que descansa la Palabra luminosa de Dios, que alumbra a los hombres del mundo entero como a habitantes de su casa, y que llena del conocimiento de Dios a todos los espíritus...

La Palabra no quiere de ninguna manera permanecer debajo del celemín; desea ser puesta en lugar evidente, en la cima de la Iglesia. La Palabra, escondida bajo la letra de la Ley, como bajo el celemín, hubiera privado a todos los hombres de la luz eterna. No hubiera podido dar la contemplación espiritual a los que buscan desembarazarse de la seducción de los sentidos, que sólo son capaces de captar ilusiones y prontos a percibir tan sólo las cosas materiales y pasajeras. Pero la Palabra puesta sobre el candelero que es la Iglesia,

es decir, fundada sobre el culto en espíritu y en verdad (Jn 4,24), alumbra a todos los hombres... Porque la letra, si no se comprende según el espíritu, sólo tiene un valor material y limitado; ella sola no deja que la inteligencia capte toda la amplitud y profundidad de lo escrito...

Así que, con nuestros pensamientos y acciones, no pongamos bajo el celémín la lámpara que alumbra, es decir, la Palabra de Dios que ilumina la inteligencia. No seamos culpables de disimular bajo la letra, la fuerza incomprensible de la Sabiduría divina. Mejor que pongamos la Palabra sobre el candelero que es la Iglesia, en la cima de la contemplación que deja paso a la luz de la revelación divina.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El Espíritu Santo no solo se manifiesta a través de una sinfonía de sonidos que une y compone armónicamente las diferencias, sino que se presenta como el director de orquesta que interpreta la partitura de las alabanzas de las “grandes obras” de Dios. El Espíritu Santo es el artífice de la comunión, es el artista de la reconciliación que sabe eliminar las barreras entre los judíos y los griegos, entre los esclavos y los libres, para formar un solo cuerpo. Él edifica la comunidad de los creyentes armonizando la unidad del cuerpo y la multiplicidad de los miembros. Hace que la Iglesia crezca ayudándola a ir más allá de los límites humanos, de los pecados y de cualquier escándalo». (*S.S. Francisco, Catequesis del 19 de junio de 2019*).

Meditación

Las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy podemos leerlas de dos formas: como una advertencia, casi como un regaño, o como una invitación de amor, como una explicación de lo que quiere que seamos. Sería demasiado fácil ver a un Jesús que nos regaña, que nos

advierde que tenemos que ser luz para los demás, que no tenemos que hacer nada a ocultas, que tenemos que darnos y amar, porque si no lo hacemos vamos a recibir un castigo proporcional. Es muy fácil leer estas palabras con ese tono. Es tan fácil que muchas veces lo hacemos.

Pero, vistas así ¿no desentonan un poco con el Jesús que tanto nos busca, con el Padre que nos ama, con el Espíritu Santo que nos transforma? Intentemos mejor ir más en profundidad y escuchar la invitación que nos hace el Señor hoy. Veamos a Jesús que se acerca a nosotros, se acerca a mí y me dice: “estás hecho para brillar, estás hecho para que Mi luz llegue a los demás”. Me dice que estoy hecho para eso, pero no que tengo que hacerlo, no es una obligación, es una invitación de amor. Me dice que está trabajando en lo oculto de mi corazón, que su Espíritu está ahí si yo le abro la puerta, que quiere hacer cosas grandes en mí. ¿Qué cosas, si a veces puedo sentir que no cambia nada en mi vida espiritual? Tal vez cosas escondidas, cosas ocultas en lo profundo de mi corazón, pero que tienen un sentido, que pronto serán descubiertas, que pronto saldrán a la luz.

Así me parece que tus palabras adquieren un sentido más profundo Jesús. Me invitas a escucharte más, a buscar qué mueves en lo profundo de mi corazón, a darme cuenta y aceptar con humildad que eres Tú el que me hace brillar. Entonces ya no seré yo el que tenga que llevarte a los demás, el que esté obligado a hablar de ti, el que se vea forzado a amar para darte gloria o a medir con una buena medida para obtener una recompensa y evitar un castigo. Entonces serás Tú, dentro de mí el que brille, el que escuche. Serás Tú el que ame en mí y a través de mí y esa será la mejor medida que pueda tener. Serás Tú y solo Tú mi recompensa

Oración final

Gustad y ved lo bueno que es Yahvé,
dichoso el hombre que se acoge a él. (Sal 34,9)

VIERNES, 31 DE ENERO DE 2025
SAN JUAN BOSCO, presbítero (MO)
Sembrar y esperar

Oración introductoria

Dame, Señor, la paciencia para esperar que tu gracia florezca en mi vida y perdona las veces en las que me desaliento al no ver el progreso como me gustaría.

Petición

Señor. Un día más para conocerte mejor... un día más para amarte más.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 10, 32-39)

Hermanos: Recordad aquellos días primeros, en los que, recién iluminados, soportasteis múltiples combates y sufrimientos: unos expuestos públicamente a oprobios y malos tratos; otros solidarios de los eran tratados así. Compartisteis el sufrimiento de los encarcelados, aceptasteis con alegría que os confiscaran los bienes, sabiendo que teníais bienes mejores, y permanentes. No renunciéis, pues, a vuestra valentía, que tendrá una gran recompensa. Os hace falta paciencia para cumplir la voluntad de Dios y alcanzar la promesa. «Un poquito de tiempo todavía, y el que viene llegará sin retraso; mi justo vivirá

por la fe, pero si se arredra le retiraré mi favor». Pero nosotros no somos gente que se arredra para su perdición, sino hombres de fe para salvar el alma.

Salmo (Sal 36, 3-4. 5-6. 23-24. 39-40)

El Señor es quien salva a los justos.

Confía en el Señor y haz el bien, habitarás tu tierra y reposarás en ella en fidelidad; sea el Señor tu delicia, y él te dará lo que pide tu corazón.
R.

Encomienda tu camino al Señor, confía en él, y él actuará: hará tu justicia como el amanecer, tu derecho como el mediodía. R.

El Señor asegura los pasos del hombre, se complace en sus caminos; si tropieza, no caerá, porque el Señor lo tiene de la mano. R.

El Señor es quien salva a los justos, él es su alcázar en el peligro; el Señor los protege y los libra, los libra de los malvados y los salva porque se acogen a él. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 4, 26-34)

En aquel tiempo, Jesús decía al gentío: «El reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra. Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo fruto sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega». Dijo también: «¿Con qué podemos comparar el reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después de sembrada crece, se hace más alta que las demás hortalizas

y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden cobijarse y anidar a su sombra». Con muchas parábolas parecidas les exponía la palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado.

Releemos el evangelio

San Vicente de Paúl (1581-1660)

*presbítero, fundador de la Congregación de la Misión y las Hijas de la Caridad
Conversaciones; aviso a A. Durand, 1656*

«¿Con qué podemos comparar el Reino de Dios?»

No tengáis en absoluto deseo de parecer superior ni el maestro. Yo no soy del mismo parecer de una persona que me decía, hace unos días, que para ejercer y mantener bien su autoridad era necesario que se notara que es el superior. ¡Oh, Dios mío! Nuestro Señor Jesucristo nunca habló así; nos enseña todo lo contrario tanto de palabra como con el ejemplo, diciéndonos que él mismo vino no para servir sino para servir a los demás, y que el que quiera ser el primero debe ser el servidor de todos (Mc 10, 44-45)...

Para ello, daos a Dios para hablar con el espíritu humilde de Jesucristo, confesando que vuestra doctrina no es vuestra, ni viene de vosotros, sino del Evangelio. Sobre todo, imitad la simplicidad de las palabras y de las comparaciones que usa nuestro Señor en la Escritura Santa, hablando al pueblo. ¡Ay, cuántas son las maravillas que él podía enseñar al pueblo! ¡Cuántos secretos no hubiera podido descubrir de la Divinidad y de sus admirables perfecciones, él que era la Sabiduría eterna del Padre! Y, sin embargo, ved cómo habla de manera inteligible, y cómo se sirve de comparaciones familiares, ya sea de un labrador, de un viñador, de un campo, de una viña, de un grano de mostaza. Es así como debéis hablar si queréis haceros entender del pueblo, que es a quien anunciáis la palabra de Dios.

Hay todavía otra cosa a la que debéis poner particular atención, y es que os fijéis totalmente y actuéis según la conducta del Hijo de Dios; quiero decir que cuando tengáis que actuar os hagáis esta reflexión: «¿Esto es conforme a las enseñanzas del Hijo de Dios?» Si veis que sí, deciros: «Sea en buena hora, hagámoslo»; si por el contrario os decís: «No haré nada con ello», dejadlo. Además, cuando se trate de hacer cualquier obra buena, decid al Hijo de Dios: «Señor, si estuvierais en mi lugar, ¿cómo obraríais en esta ocasión? ¿cómo instruiríais a este pueblo? ¿cómo le consolaríais a este enfermo de espíritu o del cuerpo?» ... Busquemos la manera de obra a fin de que Jesucristo reine en nosotros

Palabras del Santo Padre Francisco

«En el lenguaje evangélico, la semilla es símbolo de la Palabra de Dios, cuya fecundidad recuerda esta parábola. Como la humilde semilla se desarrolla en la tierra, así la Palabra actúa con el poder de Dios en el corazón de quien la escucha. Dios ha confiado su Palabra a nuestra tierra, es decir, a cada uno de nosotros, con nuestra concreta humanidad. Podemos tener confianza, porque la Palabra de Dios es palabra creadora, destinada a convertirse en «el grano maduro en la espiga».

Esta Palabra si es acogida, da ciertamente sus frutos, porque Dios mismo la hace germinar y madurar a través de caminos que no siempre podemos verificar y de un modo que no conocemos. Todo esto nos hace comprender que es siempre Dios, es siempre Dios quien hace crecer su Reino -por esto rezamos mucho “venga a nosotros tu Reino»-, es Él quien lo hace crecer, el hombre es su humilde colaborador, que contempla y se regocija por la acción creadora divina y espera con paciencia sus frutos». *(S.S. Francisco, Ángelus del 14 de junio de 2015).*

Meditación

¿Has sembrado una semilla alguna vez? Quizá no, quizá sí. Tal vez, la experiencia más cercana a sembrar fue cuando dejaste un grano de frijol sobre un algodón mojado para un proyecto de biología. De cualquier manera, te puedes imaginar que el proceso de crecimiento de una planta requiere tiempo y previsión. Si observamos a los seres vivos nos damos cuenta de que su periodo de gestación es proporcional a su complejidad y dimensión. Por ejemplo, el periodo de un perrito tarda entre 58 a 68 días, mientras que el del elefante puede durar hasta 22 meses. Si vemos ahora la duración del crecimiento de una ciudad, los números se disparan hasta el cielo. Ahora, si nos ponemos a pensar en el crecimiento del Reino de Dios en mi vida, la gestación de Cristo en mi corazón, ¿Cuánto tiempo llevaría?

La verdad es que no se puede considerar así, primero porque esta es una realidad sobrenatural, segundo porque es imposible que por nuestras propias fuerzas transformemos totalmente nuestra vida a imagen de Dios. Sin embargo, el Evangelio de hoy nos da mucha esperanza porque esta realidad de la transformación de nuestro corazón que es muy compleja, Jesús la compara con una realidad tan sencilla como la del crecimiento de una planta. Jesús ve esta realidad como tú observarías ese frijolito que depositaste sobre el algodón. Es la misma ilusión de ver cada día cómo se va desarrollando, la misma esperanza de algún día ver el fruto, aún y cuando el crecimiento de la planta sea de un milímetro por semana. Jesús lo ve con esperanza porque Él es Dios. Para nosotros, transformarnos en Él es imposible, pero para Él no hay nada imposible. Lo único que pide es paciencia, silencio, tiempo. Implica a veces trabajar, pero a veces también dormir. La semilla definitivamente crecer sin saber uno cómo porque es el proceso de Dios. Pero, una vez que crece, «aunque haya sido la

semilla más pequeña, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas».

Oración final

Piedad de mí, oh Dios, por tu bondad,
por tu inmensa ternura borra mi delito,
lávame a fondo de mi culpa,
purifícame de mi pecado. (Sal 51,3-4)

SÁBADO, 01 DE ENERO DE 2025

Solo mira a tu lado

Oración introductoria

Señor, fortalece mi fe para que las tormentas de mi vida no me hagan naufragar. Que tu Palabra sea mi sostén, tu presencia mi fortaleza para caminar siempre con la esperanza que no defrauda, porque Tú estás siempre conmigo.

Petición

Señor, te pido me concedas caminar por la senda de una fe viva.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 11, 1-2. 8-19)

Hermanos: La fe es fundamento de lo que se espera, y garantía de lo que no se ve. Por ella son recordados los antiguos. Por la fe obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba. Por fe vivió como extranjero en la tierra prometida, habitando en tiendas, y lo mismo Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa, mientras esperaba la ciudad de

sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios. Por la fe también Sara, siendo estéril, obtuvo “vigor para concebir” cuando ya le había pasado la edad, porque consideró fiel al que se lo prometía. Y así, de un hombre, marcado ya por la muerte, nacieron hijos numerosos, como las estrellas del cielo y como la arena incontable de las playas. Con fe murieron todos éstos, sin haber recibido las promesas, sino viéndolas y saludándolas de lejos, confesando que eran huéspedes y peregrinos en la tierra. Es claro que los que así hablan están buscando una patria; pues si añoraban la patria de donde habían salido, estaban a tiempo para volver. Pero ellos ansiaban una patria mejor, la del cielo. Por eso Dios no tiene reparo en llamarse su Dios: porque les tenía preparada una ciudad. Por fe, Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac: ofreció a su hijo único, el destinatario de la promesa, del cual le había dicho Dios: «Isaac continuará tu descendencia». Pero Abrahán pensó que Dios tiene poder hasta para resucitar de entre los muertos, de donde en cierto sentido recobró a Isaac.

Salmo (Lc 1,69-70.71-72.73-75)

Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado a su pueblo

Suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo, según lo había predicho desde antiguo por boca de sus santos profetas. R.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian; realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres, recordando su santa alianza. R.

Y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán, para concedernos que, libres de temor, arrancados de la mano de los enemigos, le

servamos con santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días.
R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 4, 35-41)

Aquel día, al atardecer, dijo Jesús a sus discípulos: «Vamos a la otra orilla» Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban. Se levantó una fuerte tempestad y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba en la popa, dormido sobre un cabezal. Lo despertaron, diciéndole: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?». Se puso de pie, increpó al viento y dijo al mar: «¡Silencio, enmudece!» El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Se llenaron de miedo y se decían unos a otros: «¿Pero quién es este? ¡Hasta el viento y el mar lo obedecen!».

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Comentarios sobre los salmos, sl 54,10; CCL 39,664

«Increpó al viento y dijo al lago: '¡Silencio, cállate!»

Estás en el mar y llega la tempestad. No puedes hacer otra cosa que gritar: «¡Señor, sálvame!» (Mt 14,30). Que te extienda su mano el que camina sin temor sobre las olas, que saque de ti tu miedo, que ponga tu seguridad en él, que hable a tu corazón y te diga: «Piensa en lo que yo he soportado. ¿Tienes que sufrir de un mal hermano, de un enemigo de fuera de ti? ¿Es que yo no he tenido los míos? Por fuera los que rechinaban de dientes, por dentro ese discípulo que me traicionaba».

Es verdad, la tempestad hace estragos. Pero Cristo nos salva «de la estrechez de alma y de la tempestad» (Sl 54,9 LXX). ¿Está sacudido tu barco? Quizás sea porque en ti Cristo duerme. Un mar furioso sacudía la barca en la que navegaban los discípulos y, sin embargo Cristo dormía. Pero por fin llegó el momento en que los hombres se dieron cuenta que estaba con ellos el amo y creador de los vientos. Se acercaron a Cristo, le despertaron: Cristo increpó a los vientos y vino una gran calma.

Con razón tu corazón se turba si te has olvidado de aquel en quien has creído; y tu sufrimiento se te hace insoportable si el recuerdo de todo lo que Cristo ha sufrido por ti, está lejos de tu espíritu. Si no piensas en Cristo, él duerme. Despierta a Cristo, llama a tu fe. Porque Cristo duerme en ti si te has olvidado de su Pasión; y si te acuerdas de su Pasión, Cristo vela en ti. Cuando habrás reflexionado con todo tu corazón lo que Cristo ha sufrido, ¿no podrás soportar tus penas con firmeza cuando te lleguen? Y con gozo, quizás, a través del sufrimiento, te encontrarás un poco semejante a tu Rey. Sí, cuando estos pensamientos empezarán a consolarte, a producirte gozo, has de saber que es Cristo que se ha levantado y ha increpado a los vientos; de él vendrá la paz que has experimentado. «Yo esperaba, dice un salmo, al que me salvaría de la estrechez de alma y de la tempestad».

Palabras del Santo Padre Francisco

«La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros

pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad». (*S.S. Francisco, Mensaje Urbi et Orbi del 27 de marzo de 2020*).

Meditación

Somo tan frágiles y necesitamos tanto del Señor, y prueba de ello es este Evangelio; pues bien, vemos a sus discípulos, esos hombres que le entregaron sus vidas al Señor, que le siguen a todos lados, esos que han presenciado tantos milagros y que tienen a Jesús al lado, les entra el miedo y la cobardía.

Ahora piensa esto, somos nosotros los que estamos en esa barca, hemos visto como el señor nos ha amado, nos ama y nos amara, Él nos ha dado la vida, nos dio la existencia, nos ha dado una familia, que, aunque no sea perfecta esta allí siempre y podemos contar con ellos. y puedes seguir con la lista que apuesto será larga, pues el Señor nos muestra siempre su amor de una u otra forma. Se levanta el huracán de los problemas y las dificultades, y golpea una y otra y otra vez, hay una sensación de impotencia, ¿verdad?, pero, mira a tu lado; ¿por qué ese sentimiento?, ¿por qué sientes que te vas a ahogar en esa situación difícil? Miras más el agua que se agita con violencia, el sonido del viento huracanado que golpea la barca y pones más atención a ello, y te olvidas de mirarlo a Él, escuchas más lo que pasa allá afuera que hace tanto ruido y no escuchas lo de dentro.

Ahora es el momento de mirar a tu lado, el Señor está en la misma barca, Él está allí contigo, duerme, sí, pero tú confía; Él está escuchando tu voz, escucha tus palabras en esa oración que haces con tanto fervor, no dejes de verlo porque Él se levantara y ordenara que ese viento huracanado, esas aguas agitadas, se calmen.

Oración final

Crea en mí, oh Dios, un corazón puro,
renueva en mi interior un espíritu firme;
no me rechaces lejos de tu rostro,
no retires de mí tu santo espíritu. (Sal 51,12-13)